

13. LOS DOMINIOS SUPRACONSCIENTES

SEGUNDA PARTE

P: Usted ha dicho que los arquetipos nos permiten contemplar el Rostro de lo Divino, las primeras Formas de lo Divino, algo que los modernos investigadores desdeñan como «mera metafísica» porque no puede ser demostrado.

KW: Pero el hecho es que, para ello, usted debería llevar a cabo el experimento y descubrir los datos por sí mismo y luego tendría que interpretarlos. Si no lleva a cabo el experimento -la meditación, el modelo, el paradigma- carecerá de los datos necesarios para llevar a cabo la interpretación.

Si usted trata de explicarle a alguien que se halle en la visión mágica o mítica del mundo que la suma de los cuadrados de los catetos de un triángulo rectángulo es igual al cuadrado de la hipotenusa, no llegará muy lejos, porque se trata de un algo ajeno al mundo empírico y que carece, en consecuencia, de localización simple. Y no por ello, sin embargo, su afirmación dejará de ser completamente cierta. Usted está realizando un *experimento* matemático en el *interior* de su conciencia, una experiencia cuyos resultados pueden ser *verificados* por quienes lleven a cabo el mismo experimento. Se trata de algo público, reproducible y falsable, de un conocimiento comunal cuyos resultados existen

en el espacio racional del mundo y pueden ser fácilmente corroborados por todos aquellos que realicen el experimento.

Y esto mismo es aplicable para cualquier otro tipo de experimento interior de la conciencia, de los cuales la meditación es uno de los más antiguos, estudiados y reproducidos. Mantener, pues, una actitud escéptica es sumamente saludable, pero yo le invito a llevar a cabo ese experimento interior conmigo, a descubrir los datos por sí mismo, y luego le ayudaré a interpretarlos. Pero, en el caso de que no quiera llevar a cabo el experimento, no debería reírse de quienes sí lo hacen.

El fulcro 9: Lo causal

P: Usted ha dicho que estas Formas arquetípicas o sutiles emergen directamente de la Vacuidad, de lo causal, que es el siguiente estadio, el fulcro 9.

KW: Cuando usted medita tratando de descubrir al Yo observador, cuando usted busca al Testigo y llega hasta su mismo *origen* en la Vacuidad pura, ningún objeto aparece en la conciencia. Se trata de un estado de conciencia discreto e identificable, *la absorción, o cesación sin manifestación* conocida también con los nombres de nirvikalpa samadhi, jnana samadhi, ayin, vergezzen, nirodh o nirvana clásico.

Éste es el estado causal, un estado discreto que suele equipararse al estado de sueño profundo sin sueños, un estado, sin embargo, que no es un mero vacío sino que, por el contrario, se experimenta como la plenitud más completa, un estado rezumante de Ser, una plenitud que ninguna manifestación puede llegar a contener. Este Yo puro que nunca puede ser visto como objeto es la Vacuidad pura.

P: Pero todo esto parece muy abstracto. ¿Podría ser algo más concreto?

KW: ¿Es usted consciente, en este mismo instante, de sí mismo?

P: Así lo creo.

KW: De modo que si le preguntase «¿quién es usted?» usted comenzaría a describirse diciendo algo así como «soy un padre, una madre, un marido, una esposa, un amigo, un abogado, un profesor, un ejecutivo, etcétera; me gustan tales cosas y me desagradan tales otras, prefiero este tipo de comida, tiendo a tener estos impulsos y estos deseos, etcétera».

P: Enumerando todas las cosas que sé sobre mí mismo.

KW: Ciertamente, usted podría enumerar «todas las cosas que sabe de usted mismo».

P: Sí.

KW: Y todas las cosas que usted sabe de sí mismo son objetos de su conciencia, son imágenes, ideas, conceptos, deseos o sentimientos que desfilan ante su conciencia, ¿no es así? Todos ellos son objetos de su conciencia.

P: Así es.

KW: Pero ninguno de los distintos objetos que pueblan su conciencia es el Yo observador. Todas las cosas que usted sabe sobre sí mismo no son el Yo real, no son El Que Ve sino simplemente cosas que usted puede ver. ¡Ninguno de los objetos que usted enumera cuando «se describe a sí mismo» es, en modo alguno, el Yo real! Todos ellos son meros objetos, internos o externos, no El Que Ve a esos objetos, no el Yo real. Así pues, cuando usted se describe a sí mismo enumerando todos esos objetos, usted está simplemente enumerando una retahíla de identidades erróneas, una lista de lo que usted *no es*, una sarta, en suma, de mentiras.

¿Quién es, pues, realmente El Que Ve? ¿Quién, o qué, es el Yo observador?

Ramana Maharshi denominaba Yo-Yo a este Testigo que es consciente del Yo individual pero que no puede ser visto. ¿Qué es, pues, el Yo-Yo, el Testigo causal, el Yo observador puro?

Este Yo profundamente interno contempla el mundo externo y también contempla sus pensamientos internos. Este Vidente ve el ego, el cuerpo y el mundo natural. Todo eso desfila «ante» el Testigo. Pero El Que Ve no puede ser visto. Todo lo que usted puede

ver no son más que objetos, y esos objetos, precisamente, no son El Que Ve, no son el Testigo.

Prosigamos, pues, con nuestra investigación. ¿Quién soy Yo? ¿Quién o qué es ese Testigo que no puede verse a sí mismo? Dé un paso atrás en su conciencia y *des-identifíquese* de cualquier objeto que vea o que pueda llegar a ver.

El Yo, El Que Ve o el Testigo no es ningún pensamiento concreto porque a ese pensamiento puedo verlo como objeto; el Yo observador no es ninguna sensación particular, porque yo puedo ser consciente de esa sensación como objeto, ni tampoco es el cuerpo ni la mente ni el ego, porque yo puedo ver a todas esas cosas como objetos. ¿Qué es, pues, lo que está contemplando a todos esos objetos? ¿Qué es lo que, en este mismo instante, está contemplando todos esos objetos, contemplando la naturaleza, contemplando las imágenes, el cuerpo, las sensaciones, la mente y los pensamientos? ¿Qué es lo que está contemplando todo eso?

Trate de sentirse a sí mismo en este instante, trate de ser consciente de usted mismo y dése cuenta de que ese yo no es más que otro objeto de su conciencia. Ni siquiera es un sujeto real, un yo real, sino un objeto más de su conciencia. Este pequeño yo y el conjunto de los pensamientos que desfilan ante usted se asemejan a las nubes que atraviesan el cielo. ¿Y qué es el Yo real que está contemplando todo eso? Preste mucha atención y pregúntese ¿qué o quién soy Yo?

Cuando usted penetre en la Subjetividad pura, en el Vidente puro, descubrirá que no se trata de un objeto. Usted no puede verlo como objeto ¡porque no es un objeto! No es nada que usted pueda ver. Si logra permanecer sereno en esta conciencia observadora -contemplando la mente, el cuerpo y la naturaleza que le rodea- comenzará a darse cuenta de que está experimentando una sensación de libertad, de liberación, una sensación de no estar atado a ninguno de los objetos que desfilan frente a usted sino que simplemente reposa en esa inmensa libertad.

Ante usted desfilan las nubes, los pensamientos y las sensaciones corporales, pero usted no es nada de eso. Usted es el espa-

cio abierto y libre a través del cual van y vienen todos esos objetos. Usted es una apertura, un claro, una Vacuidad, un espacio abierto en el que se desplazan todos esos objetos. Las nubes aparecen y terminan desvaneciéndose, las sensaciones aparecen y terminan desvaneciéndose, los pensamientos aparecen y terminan desvaneciéndose... y usted no es nada de eso. Usted es la amplia sensación de libertad, la Vacuidad abierta, la apertura de la que emanan las distintas manifestaciones, el espacio mismo en el que aparecen, perduran durante un tiempo y terminan desvaneciéndose.

De este modo es como usted empieza a darse cuenta de que el «Vidente» que está presenciando todos esos objetos es una espaciosa Vacuidad. No es una cosa, un objeto, ni nada que usted pueda ver o a lo que pueda aferrarse, sino una sensación de amplia Vacuidad totalmente ajena al mundo objetivo del tiempo, de los objetos, del estrés y del esfuerzo. El Testigo puro es una Vacuidad pura en la que todos los sujetos y objetos individuales aparecen, permanecen un tiempo y terminan desvaneciéndose.

¡De modo que el Testigo puro no es nada que usted pueda ver! Cualquier intento de ver el Testigo o de conocerlo como objeto no es más que aferrarse, buscar e identificarse con el tiempo. El Testigo no está fuera de aquí en la corriente, sino en la espaciosa expansión de libertad de la que todo emana. Usted no puede aferrarse a ello y decir ¡Aja, ya lo veo! porque no es *nada* que pueda ser visto sino que, por el contrario, es el Vidente. Cuando usted descansa en el Testigo lo único que experimenta es una amplia Vacuidad, una vasta Libertad, la expansión, la apertura o el claro transparente del que emergen los pequeños sujetos y objetos que pueden ser vistos. Pero el Testigo, en cambio, no puede ser visto, el Testigo es la *liberación* última de todo aquello, una Libertad que no se halla atrapada en las confusiones, los deseos, los miedos o las expectativas.

Nosotros tendemos a *identificarnos* con estos pequeños sujetos y objetos individuales ¡y ése es precisamente el problema! Nosotros identificamos a Quien Ve con las menudencias que

pueden ser vistas y ése es el origen mismo de la esclavitud y de la falta de libertad. Nosotros somos realmente una vasta expansión de Libertad pero nos identificamos con objetos y sujetos cautivos y limitados que pueden ser vistos, que sufren y que son ajenos a lo que somos.

Patanjali definía clásicamente a la esclavitud como «la identificación de El Que Ve con los instrumentos de la visión», con los pequeños sujetos y objetos, que nos llevan a alejarnos de la apertura, el claro o la Vacuidad de la que todo dimana.

Cuando nosotros descansamos en esta Vacuidad pura, el Testigo no se percibe como un objeto. El Testigo *no* es nada de lo que podamos ver sino la ausencia de todo sujeto y de todo objeto, la *liberación* de todo eso. El hecho de descansar en la Vacuidad pura *no* se «experimenta» como un objeto sino como una inmensa expansión de libertad, una liberación de las constricciones que acompañan a la identificación con los pequeños sujetos y objetos que entran en el flujo del tiempo y están atrapados en ese angustioso movimiento.

Cuando usted descansa en el Testigo puro, en el Vidente puro, es invisible, no puede ser visto, ninguna parte de usted puede ser vista porque usted no es un objeto. El cuerpo puede ser visto, la mente puede ser vista, la naturaleza puede ser vista pero usted no es ninguno de esos objetos, usted es el origen de la conciencia y no algo que dimana de ella.

Las cosas aparecen en la conciencia, permanecen durante un tiempo y terminan desapareciendo; vienen y van. Las cosas aparecen en el *espacio* y se mueven en el *tiempo*, pero el Testigo puro no va ni viene, no aparece en el espacio ni se mueve en el tiempo. El Testigo es como es, omnipresente e inmutable. No es un objeto que se halle fuera de aquí; en consecuencia, *nunca entra en la corriente de la vida*, del espacio, del nacimiento o de la muerte. Todas éstas son experiencias, objetos que aparecen y terminan desvaneciéndose. Pero usted no viene ni va, usted no tiene nada que ver con esa corriente, usted es consciente de todo eso y, en consecuencia, no está atrapado en ello. El Testigo es cons-

ciente del espacio, consciente del tiempo y, por tanto, es libre del espacio y libre del tiempo. Es atemporal y aespacial, es el puro Vacío a través del cual desfilan el tiempo y el espacio.

Así pues, el Vidente puro es anterior al nacimiento y a la muerte, anterior al tiempo, al desasosiego, anterior al espacio y al movimiento, a toda manifestación, anterior, incluso, al mismo Big Bang. Pero con ello no quiero decir que el Yo puro existiera en un tiempo anterior al Big Bang sino que existe antes del tiempo, que no se halla contaminado por el discurrir del tiempo. Y, al ser atemporal, es eterno, lo cual tampoco significa que exista en una sucesión temporal interminable sino que es completamente ajeno e independiente del tiempo.

El Yo puro no ha nacido nunca y no morirá jamás porque jamás ha entrado en el mundo del tiempo. Esta inmensa libertad es lo No Nacido, aquello de lo que el Buda dijo: «Existe algo no nacido, algo que no ha sido hecho, algo que no ha sido creado. Si no existiera lo no nacido, lo no hecho, lo no creado, no habría libertad de lo nacido, de lo hecho y de lo creado». Descansar en la inmensa expansión de la Libertad es descansar en la Vacuidad pura de lo No Creado.

Y, al ser No Nacido, también es Inmortal. No fue creado con el cuerpo y, por tanto, no morirá cuando éste perezca. No es que more más allá de la muerte del cuerpo, sino que ni siquiera penetra en la corriente de la vida. Tampoco es que viva más allá del cuerpo, sino que desde siempre ha sido anterior al cuerpo. No es que perdure para siempre en el tiempo, sino que jamás se ha visto contaminado por la corriente del tiempo.

El espacio, el tiempo y los objetos discurren, pero usted es el Testigo puro, el Vidente puro, la Vacuidad pura, la Libertad pura, la Apertura pura, la gran Vacuidad a través de la cual todo desfila, sin rozarle siquiera, sin herirle y, en consecuencia, sin necesidad de consuelo alguno.

Y es precisamente la existencia de esta inmensa Vacuidad, de lo No Nacido la que puede permitirnos liberarnos de lo nacido y de lo creado, liberarnos del sufrimiento inherente al espacio, el

tiempo y los objetos, emanciparnos del mecanismo de terror intrínseco al valle de lágrimas denominado samsara.

P: Ahora comprendo un poco de qué está hablando.

KW: Son muchas las personas que pueden entrar con cierta facilidad en contacto con el Testigo, pero vivir desde esa Libertad es algo completamente diferente.

P: ¿Cómo se relaciona ese Testigo con el mundo manifiesto?

KW: El Testigo, en sí mismo, es lo causal sin manifestar, la misma Vacuidad pura. Y si, a modo de ejercicio yóguico, usted sigue investigando profundamente en la fuente, en la Subjetividad pura de El Que Ve, todos los sujetos y todos los objetos dejan simplemente de aparecer. Ése es el *nirvikalpa*, la cesación, un estado yóguico real discreto (la fase de fusión correspondiente al fulcro 9), en la que nos adentramos ya en los dominios del *misticismo sin forma* en el que todos los objetos, incluido Dios como forma percibida, se desvanecen en la cesación, y el misticismo teísta desaparece para dejar paso al misticismo sin forma.

Éste es un estado de Vacuidad pura sin manifestación en el que todos los posibles objetos *todavía no han aparecido*. Lo que usted «ve» es este estado es una nada infinita, una plenitud que no puede ser contenida por ningún objeto, por ningún sujeto, por ninguna imagen ni por ningún sonido. Es la conciencia pura, el despertar puro anterior a toda manifestación, anterior a los sujetos, anterior a los objetos, anterior a los fenómenos, anterior a los holones, anterior a las cosas, anterior, en suma, a todo, un dominio atemporal, aespacial y aobjetal. Y, en consecuencia, es radical e infinitamente libre de las limitaciones y constricciones del espacio, del tiempo y de los objetos, radicalmente libre de la tortura inherente al mundo de los fragmentos.

Son muchas las formas en que puede arribar al origen sin manifestar del Testigo y no es preciso que lo haga en la forma especialmente yóguica que acabamos de señalar. Éste es el motivo por el cual muchas tradiciones, como el budismo yogachara, por ejemplo, equiparan Vacuidad y Conciencia. No es preciso que entremos aquí en detalles y argumentaciones técnicas al respecto,

basta solamente con que usted comprenda que el Testigo, la Conciencia, no es una cosa, un proceso, una cualidad ni una entidad sino la Vacuidad pura última e incalificable.

P: ¿Por qué se le llama «causal»?

KW: Porque es el soporte, la causa o el sustrato creativo de todas las otras dimensiones. Recuerde lo que anteriormente dijimos, citando a Whitehead, de que «el último principio metafísico es el avance creativo hacia la innovación». La creatividad forma parte del sustrato básico del universo. De alguna forma, milagrosamente, emergen nuevos holones. Yo acabo de decir que dimanan de la Vacuidad, pero usted puede llamar a ese sustrato creativo como más le guste. Hay quienes le llaman Dios, Diosa, Tao, Brahman, Kether, Rigpa, Dharmakaya, Maat o Li; los más científicamente orientados, como Jantsch, por ejemplo, tienden simplemente a llamarlo capacidad «autotranscendente» del universo. El nombre, de hecho, es lo que menos importa, lo importante, lo sorprendente - ¡lo auténticamente milagroso! - es que algo aparezca.

Vacuidad, creatividad, holones... así precisamente comenzábamos nuestro relato en el Capítulo 1. Los holones emergen como sujeto y objeto, de manera singular y plural -es decir, los cuatro cuadrantes-, y se desarrollan siguiendo los veinte principios, que es simplemente *la forma en la que se despliega la pauta de toda manifestación*, una pauta que es uno de los potenciales de la Vacuidad, del Dharmakaya, de la Divinidad. Y henos aquí, rastreando esa pauta de veinte principios, siguiendo el impulso evolutivo de los holones en su camino de regreso a su origen.

Esa pauta encarna el impulso creativo a alcanzar mayor profundidad, mayor conciencia, mayor desarrollo, un desarrollo que finalmente retorna a su sustrato infinito en la Vacuidad pura. Pero esa Vacuidad no es un emergente sino el sustrato creativo, anterior al tiempo, que ha estado presente desde el comienzo y que finalmente deviene transparente a sí mismo en aquellos holones que despiertan a la Vacuidad, al Espíritu, al sustrato sin fundamento.

Esa misma Vacuidad, como conciencia, se hallaba presente desde el comienzo en la profundidad de todo holón, una profundidad que va despojándose poco a poco de todos sus ropajes hasta que termina perdiendo toda forma, hasta que su profundidad sondea el infinito, hasta que su tiempo entra en la eternidad, hasta que su espacio interior se convierte en la totalidad del espacio y su individualidad deviene la misma Divinidad, el sustrato, el camino y el gozo de la Vacuidad.

Lo no dual

P: ¿Y lo causal no manifestado es el punto final absoluto? ¿Es el fin del tiempo, el fin de la evolución, el fin de la historia, el punto omega final?

KW: Bien. Muchas tradiciones consideran que este estado de cesación es el estado último, el punto final de todo desarrollo y evolución, un estado que se equipara con la iluminación plena, con la liberación última, con el nirvana puro.

Pero para las tradiciones no duales éste no es el punto final. El Testigo, la sensación de ser un Testigo «aquí» termina desvaneciéndose y el Testigo resulta ser idéntico a todo lo atestiguado. *Lo causal* termina dando paso a lo *no dual* y el misticismo sin forma se convierte en misticismo no dual. «Forma es Vacuidad y Vacuidad es Forma.»

Técnicamente hablando, usted se ha des-identificado incluso del Testigo y lo ha integrado con toda manifestación; en otras palabras, ha alcanzado las fases 2 y 3 del fulero 9, que terminan conduciendo al fulero 10 (que no es tanto un fulero o nivel separado como la Esencia misma de todos los niveles, de todos los estados, de todas las condiciones).

Y éste es el segundo y más profundo significado de la Vacuidad. No es un estado *discreto* sino la realidad misma de *todos los* estados, la Esencia de todos los estados. En tal caso, usted ha dejado atrás lo causal y se ha adentrado en lo no dual.

P: ¿Existen, pues, dos acepciones diferentes de la Vacuidad?

KW: Sí, y eso puede confundir mucho las cosas. Por una parte, como acabamos de ver, la Vacuidad es un estado discreto e identificable de la conciencia causal al que se denomina absorción o cesación sin manifestaciones (nirvikalpa samadhi, ayin, jnana samadhi, nirodh, nirvana clásico).

Pero la Vacuidad también tiene un segundo significado, un significado según el cual no es un estado entre otros sino la realidad, la esencia o la condición de todos los estados. Desde este punto de vista, la Vacuidad no es un estado concreto *separado* de otros sino la esencia o condición misma de *todos* los estados, superiores o inferiores, sagrados o profanos, ordinarios o extraordinarios.

P: Ya hemos hablado del estado discreto. Veamos ahora lo no dual.

KW: Bien. La «experiencia» de esta Esencia no dual es similar a la experiencia de unidad natural que antes discutíamos, excepto en el hecho de que, en este caso, la unidad no se experimenta sólo con la formas ordinarias que existen «fuera de aquí», sino también con todas las Formas sutiles que existen «aquí», lo que, en términos budistas, sería decir que no sólo existe el Nirmanakaya (el misticismo ordinario o natural), el Sambhogakaya (misticismo sutil o teísta) y el Dharmakaya (el misticismo causal o sin forma), sino también el Svabhavikakaya (la integración de los tres tipos anteriores de misticismo). El Svabhavikakaya, que está más allá del misticismo natural, más allá del misticismo teísta y también más allá del misticismo sin forma, es la realidad o Esencia de todos ellos y, en consecuencia, los engloba a todos y, al trascenderlos a todos, engloba también a la totalidad del espectro de conciencia, lo incluye todo.

P: ¿No podría hablar de una forma más directa y no tan técnica del misticismo no dual?

KW: Hablando en términos generales, la sensación de ser una especie de Vidente, Testigo o Yo se desvanece por completo. Usted no contempla el cielo, usted es el cielo, usted degusta el cielo

porque el cielo ya no se halla fuera de usted. Como diría el Zen, usted puede beberse el Pacífico de un trago, puede tragarse el Universo entero, precisamente porque la conciencia ya no está dividida en un sujeto que ve desde «aquí» a un objeto que se encuentra «ahí», sino lo único que hay es la pura visión en la que la conciencia y su despliegue son no-dos.

Todo sigue apareciendo instante tras instante, el Kosmos entero sigue apareciendo instante tras instante, pero no hay nadie contemplando el paisaje sino que sólo hay paisaje, un gesto espontáneo y resplandeciente de gran perfección. La *Vacuidad* pura del Testigo deviene uno con toda *Forma* atestiguada, y ése es uno de los significados básicos de la «no dualidad».

P: ¿Podría ser más concreto?

KW: Bien. Regresemos, pues, al estado del Testigo, es decir, un estado en el que usted simplemente descansa en la conciencia observadora pura -usted *no* es ningún objeto que puede ser visto (ni la naturaleza, ni el cuerpo ni los pensamientos)-, sino que simplemente reposa en la conciencia pura que atestigua. Y usted puede alcanzar una cierta «sensación» de esa conciencia que atestigua, una sensación de libertad, de liberación, de gran expansión.

En tal caso, si, mientras está descansando en ese estado y «experimentando» el Testigo como gran expansión, mira, por ejemplo, una montaña, puede comenzar a advertir que la sensación del Testigo y la sensación de la montaña son la misma sensación. La «sensación» de su Yo puro y la «sensación» de las montañas son la misma sensación.

Dicho en otras palabras, el mundo real no le viene dado en *dos veces* -el auténtico significado, dicho sea de paso, de la dualidad-, una «aquí» y otra «ahí», sino que, por el contrario, le viene dado de forma inmediata *de una sola vez*, en una sola sensación, en un solo sabor completamente pleno que no se halla dividido en el vidente y lo visto, en sujeto y objeto, en un fragmento y otro fragmento. Es un singular que carece de plural. Usted puede degustar la montaña y descubrir que tiene el mismo sa-

bor que su Yo; no se trata de que lo que hay «ahí» se refleje «aquí», porque la dualidad es ajena a la inmediatez de la experiencia real. La experiencia real, antes de que usted la cercene, es ajena a toda dualidad; la experiencia real, la realidad misma, es no dual. Usted sigue siendo usted y las montañas siguen siendo las montañas, pero usted y la montaña son las dos facetas de la misma experiencia, la única realidad presente en ese momento.

Si usted se relaja de ese modo en la experiencia presente, la sensación de identidad separada desaparecerá; usted dejará de contraerse ante la vida, ya no tendrá una experiencia sino que se convertirá en la experiencia; ya no estará «aquí» contemplando algo que ocurre «ahí», porque «aquí» y «ahí» son uno y usted habrá dejado de estar atrapado «aquí».

Entonces descubrirá súbitamente que ya no se halla en el cuerpomente, porque el cuerpomente habrá desaparecido. Entonces el viento ya no soplará sobre usted sino que soplará a través de usted, dentro de usted. Entonces usted ya no estará mirando la montaña sino que se habrá convertido en la montaña y la montaña se hallará más cerca de usted que su propia piel. Usted es eso aunque, para ser exactos, *no hay usted* sino el mero despliegue de lo luminoso emanando espontáneamente instante tras instante en una dimensión en la que no hay lugar alguno en el que encontrar al yo separado.

La sensación de «peso» desaparece completamente porque usted ya no está en el Kosmos sino que es la Vacuidad pura y es el Kosmos el que está en usted. El universo entero es el resplandor transparente de lo Divino, de la Pureza primordial. Pero lo Divino no está en otro lugar, es simplemente este resplandor. Es yo-lo visto, un único Sabor, no hay otro.

P: ¿Sujeto y objeto son no duales?

KW: ¿Conoce usted el dicho Zen «cuál es el sonido de una mano aplaudiendo?». La estructura habitual de la experiencia normal es que necesitamos dos manos para aplaudir, tenemos una sensación de nosotros mismos -como sujeto- «aquí» y del mundo -como objeto- «ahí», según la cual el objeto ubicado

«ahí» impacta en mí como sujeto y entonces las dos manos chocan entre sí y aparece la experiencia.

De este modo, la estructura típica de la experiencia es como un puñetazo en el rostro. El yo ordinario es un yo maltratado, maltratado «en última instancia» por un universo que se halla «fuera de aquí». El yo ordinario es un conjunto de contusiones, de cicatrices, el resultado de las dos manos de la experiencia chocando entre sí, y los moretones de esos golpes son «duhkha», el sufrimiento. Como Krishnamurti solía decir, en el hiato existente entre sujeto y objeto se asientan todas las miserias de la humanidad.

Pero en el estado no dual desaparecen las dos manos y súbitamente el sujeto y el objeto devienen una sola mano. De repente, ya no hay nada fuera de usted para golpearle, herirle y atormentarle. Súbitamente, no es usted quien *tiene* una experiencia sino que *es* toda experiencia que aparece, liberándose, de ese modo, de inmediato en la totalidad del espacio; usted y el Kosmos entero son una mano, una sola experiencia, un solo despliegue, un gesto de gran perfección. No hay nada ajeno que pueda usted querer, desear, buscar o apresar porque su alma se expande hasta los confines del universo y lo abraza todo con un gozo infinito. Usted está tan pleno y tan saciado que las fronteras del Kosmos estallan por completo y le dejan, más allá de toda fecha, de toda duración, de todo tiempo y de toda localización, flotando en un océano de atención infinita. Usted se ha liberado en la Totalidad, usted es la Totalidad, el Kosmos radiante que se contempla a sí mismo, el universo de Un Solo Sabor y ése sabor es infinito.

¿Cuál es, pues, el sonido de una sola mano aplaudiendo? ¿Cuál es el gusto de Un único Sabor? ¿Cuál es, cuando ya *no hay nada friera de usted* que puede golpearle, herirle o empujarle, el sonido de una sola mano aplaudiendo?

¿Ve la luz del sol en las montañas? ¿Siente el frescor de la brisa? ¿Qué hay que no sea, finalmente, evidente? ¿Quién no está ya, en última instancia, iluminado? Como dijo un maestro zen: «Cuando escuché el sonido de una campana no había yo ni tam-

poco campana, sólo tañido». ¡En la experiencia inmediata no hay dos! Ni interior y exterior, ni sujeto y objeto, sólo conciencia inmediata, el sonido de una mano aplaudiendo.

Usted ya no está «aquí», en este lado de una especie de ventana transparente, contemplando a un universo que se halla «ahí». La ventana transparente se ha hecho añicos, su cuerpomente se ha desvanecido, usted se ha liberado para siempre de esa prisión, ya no se halla «detrás de su rostro» contemplando el Kosmos, sino que usted, simplemente, es el Kosmos. Usted es todo eso. Ése precisamente es el motivo por el cual puede tragarse el Kosmos y atravesar los siglos sin que nada, nada en absoluto, pestañee. El sonido de una mano aplaudiendo es el sonido del Big Bang, el estallido de la explosión de las supernovas, el sonido del canto del petirrojo, el estrépito de una cascada en un día transparente como el cristal, el sonido, en suma, de la totalidad del mundo manifiesto... y usted es ese sonido.

Ése también es el motivo por el cual su Rostro Original no está *aquí*. Su Rostro Original es la más completa Vacuidad, la transparencia misma de la que emana todo ese resplandeciente despliegue. Si aparece el Kosmos, usted es eso; si no aparece nada, usted también es eso; en cualquier caso, usted es eso. El hecho es que usted no está «aquí», la ventana ha desaparecido y la separación entre sujeto y objeto se ha esfumado en la nada. En ningún lugar hay dos, el mundo nunca le ha sido dado en *dos veces* sino siempre de *una sola vez...* y usted es eso. Usted es El Único Sabor.

Pero ese estado no es algo que usted pueda *alcanzar*. Este estado no dual, este estado de Un Solo Sabor, es la naturaleza misma de toda experiencia *antes* de que usted la cercene. No es posible alcanzar ese estado a través del esfuerzo porque es la condición real de toda experiencia *antes* de que usted haga algo con ella. Este estado no construido es *anterior* al esfuerzo, anterior a cualquier intento de alcanzarlo, anterior a cualquier tentativa de evitarlo, es el mundo real *antes* que usted haga algo con él, antes incluso de cualquier esfuerzo por tratar de «verlo de manera no dual».

Así pues, usted no tiene que hacer nada especial para despertar o para experimentar lo no dual, porque su misma naturaleza -su naturaleza anterior a todo movimiento, anterior a todo esfuerzo, anterior a todo artificio- es no dual. Si aparece el esfuerzo, bien, si el esfuerzo no aparece también bien; en cualquier caso, sólo existe la inmediatez del único Sabor, anterior tanto al esfuerzo como al no esfuerzo.

En modo alguno se trata, pues, de un estado en el que sea difícil entrar porque, de hecho, es un estado del que resulta imposible salir. Usted siempre ha estado en Él. Ni un solo momento se ha hallado usted en un lugar en el que no pudiera experimentar ese estado -que no es un estado- en el que no pudiera experimentar el único Sabor, la única constante de todo el Kosmos, la única realidad de todas las realidades. Nunca ha habido, desde siempre, un solo instante en el que usted no fuera consciente de este Sabor, nunca ha habido un solo instante en el que no estuviera contemplando directamente su Rostro Original con la nitidez de un soplo de aire polar.

Obviamente, solemos mentirnos y con frecuencia somos poco sinceros con respecto al universo de Un único Sabor, con respecto al sonido primordial de una mano aplaudiendo, con respecto a nuestro propio Rostro Original. Y el objetivo de las tradiciones no duales no consiste en producir ese estado -lo cual, por otra parte, sería imposible-, sino simplemente en *señalárselo* hasta que ya no pueda seguir ignorándolo y deje de mentirse a sí mismo sobre su verdadera Esencia.

P: ¿De modo que este estado no dual engloba la dualidad de la mente y el cuerpo, de la Mano Izquierda y la Mano Derecha?

KW: Sí. El estado primordial es anterior, pero no distinto, al mundo de las Formas dualistas. En ese estado primordial no hay sujeto ni objeto, exterior ni interior, derecha ni izquierda. Todos esos dualismos *siguen apareciendo*, pero son verdades relativas, no verdades primordiales o absolutas. La verdad primordial es el sonido de la campana, la verdad relativa es el «yo», «la campana», la mente, el cuerpo, el sujeto y el objeto. Todos estos ele-

mentos son relativamente ciertos pero no constituyen, como diría Eckhart, la última palabra.

En consecuencia, no es posible resolver el conflicto inherente a todos los dualismos relativos en el plano relativo. No hay nada que usted pueda hacer para que «yo» y «la campana» se unifiquen, lo único que puede hacer es reposar en el sonido previo de la campana. Este conflicto, en realidad, no puede resolverse, sólo puede disolverse, porque resulta imposible reducir el sujeto al objeto o el objeto al sujeto y lo único posible es reconocer el sustrato primordial del que ambos son un mero reflejo incompleto.

Éste es el motivo por el cual los dilemas *inherentes* a esos dualismos -entre mente y cuerpo, mente y cerebro, conciencia y forma, mente y naturaleza, sujeto y objeto, derecha e izquierda- no podrán resolverse *jamás* en un plano relativo, y la filosofía convencional es incapaz de resolverlos. Éste es un problema que no se resuelve sino que se disuelve en el estado primordial, lo cual, dicho de otro modo, *deja los dualismos tal y como son*, es decir, poseyendo una cierta realidad convencional o relativa, lo suficientemente real en sus propios dominios pero, en modo alguno, la realidad absoluta.

La inmediatez de la presencia pura

P: ¿Existe algún filósofo ortodoxo occidental conocido que reconozca la no dualidad?

KW: Siempre me ha sorprendido que William James y Bertrand Russell estuvieran de acuerdo en este punto crucial, la no dualidad de sujeto y objeto en la conciencia inmediata. Y esto me parece muy curioso, porque si James y Russell, siendo tan dispares, están de acuerdo en algo, creo que podemos aceptar sus coincidencias con cierta confianza.

Russell habla sobre este punto en el último capítulo de su gran libro *La historia de la filosofía occidental*, en donde discute la noción de «empirismo radical» de William James. Ahora bien, tene-

mos que ser muy cuidadosos con estos términos, porque «empirismo» no sólo significa experiencia sensorial, sino experiencia misma, en cualquier dominio que lo consideremos. Empirismo, pues, significa aprehensión inmediata, experiencia inmediata o conciencia inmediata. Y William James trata de demostrar que la inmediatez pura no dual es, digámoslo así, la «materia básica» de la realidad, de la que se derivan sujeto y objeto, mente y cuerpo, interior y exterior. Éstos vienen después, son posteriores a la inmediatez, que es, por así decirlo, la realidad última.

Y Russell está completamente en lo cierto al conceder a James ser el primer filósofo «conocido» o «aceptado» en sostener esta posición no dual. Obviamente, lo mismo han estado diciendo durante milenios casi todos los místicos y sabios contemplativos, pero James fue el primero en sostener esta postura dentro del campo de la filosofía occidental... y, en el camino, convenció a Russell.

James introdujo la noción de no dualidad en un ensayo titulado «¿Existe la conciencia?», en el que concluyó que la conciencia no existe, lo cual ha confundido a mucha gente. Pero el hecho es que, si usted observa muy atentamente la conciencia, descubrirá que no es una cosa, un objeto ni una entidad. Si usted mira cuidadosamente verá que -como anteriormente vimos con la montaña, por ejemplo- la conciencia es simplemente una con todo lo que aparece. En la inmediatez de la experiencia real, usted, como sujeto, no ve la montaña como objeto sino que usted y la montaña son uno. En este sentido, la conciencia, como entidad subjetiva, no -existe, no es algo separado que experimente otra cosa ajena. En la inmediatez de la experiencia no hay más que Un Único Sabor.

De modo que la experiencia pura no está dividida en interior y exterior ya que ¡en ella no hay dualidad alguna! Como solía decir James, «la experiencia, en mi opinión, carece de duplicidad interna».

Y advierta que el término *duplicidad* tiene la acepción de «doble» y de «engaño». De este modo, *la duplicidad de la experien-*

cia es la mentira esencial, la insinceridad primordial, el origen de la ignorancia y del engaño, el comienzo del yo golpeado, el inicio del samsara y el surgimiento de la mentira que se asienta en el corazón del infinito. Todas y cada una de las experiencias, tal y como son, tienen Un Único Sabor, un sabor que no nos llega fracturado y dividido en sujeto y objeto. Esa división, esa duplicidad, es una mentira, la mentira primordial, la falta de sinceridad primordial, el origen del «pequeño yo», del yo golpeado, del yo que oculta su Rostro Original entre las formas de su propio sufrimiento.

Poco debe sorprendernos que D.T. Suzuki, el gran erudito Zen, afirmase que el empirismo radical de James (el empirismo no dual) ha sido el punto en el que Occidente ha estado más próximo a la «no mente», a la Vacuidad. Tal vez esto sea algo exagerado pero usted comprende de qué estamos hablando.

Russell tenía una comprensión más bien limitada del hecho de que los grandes sabios contemplativos -desde Plotino hasta Agustín, Eckhart, Schelling, Schopenhauer y Emerson- habían resuelto o disuelto esta dualidad sujeto/objeto. Pero, a pesar de ello, Russell es inequívoco al señalar el gran logro de James:

El principal objetivo de este ensayo [«¿Existe la conciencia?»] era el de negar el carácter fundacional de la relación sujeto-objeto. Los filósofos anteriores a James habían dado por sentado que existía algo, llamado «conocimiento», en el que una entidad, el conocedor o sujeto, es consciente de otra entidad, la cosa conocida, el objeto [las «dos manos» de la experiencia]. Desde ese punto de vista, el conocedor era considerado como una mente o alma, mientras que el objeto conocido podía ser un objeto material, una esencia eterna, otra mente o, en la conciencia de sí mismo, idéntica al conocedor. Casi toda la filosofía aceptada está estrechamente ligada al dualismo sujeto-objeto. Pero si cuestionamos la distinción fundamental entre sujeto y objeto, deberíamos reconsiderar por completo la distinción entre mente y materia y la noción tradicional de «verdad».

Por decirlo suavemente. Y luego Russell agrega: «Por mi parte, estoy plenamente convencido de que James estaba en lo cierto en este punto y que, por ese único motivo, merece un lugar destacado entre los filósofos».

P: ¿Así que James y Russell captaron un atisbo de no dualidad?

KW: Eso es lo que creo. De hecho, no es difícil tener un leve vislumbre de no dualidad. La mayor parte de la gente puede ser inducida a tener un atisbo «hablando sobre ello», como hemos hecho hace unos momentos. Y creo que fue precisamente esto lo que William James hizo con Bertrand Russell, como éste mismo comenta. Poco después, Russell insistía: «Estoy convencido de que James tiene razón en este punto» y luego añadía «pensaba de otro modo hasta que James me ha persuadido de la verdad de su doctrina». ¡En mi opinión, James le señalaba directamente en esa dirección! ¿Ve la montaña? ¿Dónde está su mente? ¡Mente y montaña... no dual!

P: ¿Y así fue como lograron degustar el sabor no dual del Zen?

KW: No es difícil tener un atisbo, un sabor, un vislumbre de lo no dual. Pero, según las tradiciones no duales, *éste no es más que el comienzo*. Cuando usted descansa en ese estado no creado de inmediatez pura, de libertad pura, comienzan a ocurrir cosas raras. Todas las tendencias subjetivas con las que usted *se había identificado* anteriormente -todos aquellos pequeños yoes o sujetos que mantenían el hiato entre el vidente y lo visto- comienzan a consumirse en el fuego liberador de la no dualidad, un período muy interesante durante el cual todos los pequeños yoes salen gritando a la superficie hasta llegar a desaparecer.

Cuando usted reposa en la libertad primordial de Un Solo Sabor deja de actuar en función de esas tendencias subjetivas hasta que mueren de aburrimiento, pero, tratándose de una muerte, es muy intensa. Usted no tiene que hacer nada excepto mantenerse ahí -o dejarlo estar-; es irrelevante. Y todo esto se logra espontáneamente por la intensa expansión de la libertad primordial.

Pero usted está siendo quemado vivo, y eso ¡Dios! resulta de lo más divertido.

Poco importa el tipo de experiencia que aparezca, porque el estado simple, natural, no dual y no creado es anterior a la experiencia, anterior a la dualidad y engloba gozosamente todo lo que aparezca. Pero aparecen cosas raras y usted debe permanecer en ese «esfuerzo sin esfuerzo» durante un tiempo y morir de continuo estas pequeñas muertes. Ahí, de hecho, es donde comienza la práctica real.

Y, como lo demuestran claramente sus filosofías respectivas, ni James ni Russell hicieron nada de esto. Russell proclamó que estaba completamente de acuerdo en que el sujeto y el objeto se derivan de la experiencia primordial, pero se replegó de inmediato para volver a identificarse con el sujeto derivado, con el yo derivado, con la pequeña mente racional, y construyó toda su filosofía basándose en esa mentira, en ese engaño. Russell, en suma, ni siquiera sospechaba a dónde conducía el estado de no dualidad.

Tampoco James profundizó gran cosa en ese estado primordial, por ello su empirismo radical degeneró muy pronto en un fenomenalismo sensorial que terminó colapsándose en el empirismo y el pragmatismo de la Mano Derecha, una evolución muy decepcionante, americana hasta la médula, que, en cualquier caso, no desmerece sus primeros pasos.

La iluminación

P: Pero usted dice que lo no dual no niega la dualidad.

KW: Así es, ésa sería una equivocación completa. Los dualismos -el dualismo entre sujeto y objeto, entre interior y exterior, entre izquierda y derecha, etcétera- siguen presentándose y *se supone* que aparecen porque ésa es la dinámica misma de la manifestación. El Espíritu -la Esencia pura inmediata de la realidad- se manifiesta como sujeto y objeto, de manera singular y

plural o, dicho en otras palabras, se manifiesta en los cuatro cuadrantes. Y nosotros no podemos suprimir la existencia de esos cuadrantes que son la manifestación resplandeciente de la gloria del Espíritu.

Lo que sí podemos hacer es ver a través de ellos hasta poder llegar a atisbar su misma Fuente, su Esencia, el único Sabor que impregna todos los niveles, todos los cuadrantes y todas las manifestaciones. Y esto, que es la cosa más simple del mundo, resulta también, paradójicamente, la más difícil. Este esfuerzo sin esfuerzo requiere mucha perseverancia, mucha práctica, mucha sinceridad y mucha honestidad. Ésta es una práctica que debemos acometer desde el estado de vigilia, desde el estado de sueño y desde el estado de sueños sin ensueños. Ése es el motivo por el cual insistimos en las prácticas de las escuelas no duales.

P: ¿De modo que la «iluminación» significa algo diferente en esas escuelas?

KW: Sí. Existen dos escuelas muy diferentes sobre este estado «iluminado» que se corresponden con las dos acepciones distintas de la «Vacuidad» que anteriormente hemos discutido.

El paradigma de la primera es el estado causal o no manifestado de absorción (nirvikalpa, nirodh), un estado distinto, discreto e identificable. Y, si usted equipara la iluminación con ese estado de cesación, no tendrá la menor duda en saber si una persona está «plenamente iluminada».

Generalmente, como ocurre en la tradición budista theravada y en las escuelas yóguicas samkhya, cuando alguien entra en este estado de absorción sin manifestación, siempre quema ciertas aflicciones y fuentes de ignorancia. De modo que cada vez que usted entra plenamente en este estado, quema la mayor parte de las aflicciones. Y después de adentrarse en él unas cuantas veces -tal vez cuatro-, habrá quemado todo lo que tenía que quemar y podrá entrar en ese estado a voluntad y permanecer continuamente en él. En tal caso, usted entra de manera permanente en el nirvana y el samsara, el mundo entero de la forma deja de existir para usted.

Pero ése no es el objetivo de las tradiciones no duales. Estas tradiciones suelen utilizar ese estado y dominarlo. Pero, más importante todavía, esas escuelas -como el hinduismo vedanta, el budismo mahayana y el budismo vajrayana- están más interesadas en señalar el estado de la Talidad no dual, que no es tanto un estado discreto de conciencia como el sustrato o condición vacía de *todos los estados*. Este tipo de escuelas no están tan interesadas en encontrar una Vacuidad divorciada del mundo de la Forma (o samsara), sino una Vacuidad que abarca toda Forma, aunque la Forma siga emergiendo. Para ellos, nirvana y samsara, Vacuidad y Forma, no son dos.

Y esto lo cambia todo. En las tradiciones causales, usted puede decir muy claramente cuándo una persona se halla en ese estado discreto. Es algo evidente y con un criterio inequívoco, por así decirlo, para su iluminación.

Pero en las tradiciones no duales usted suele alcanzar una rápida introducción a la condición no dual muy temprano en su entrenamiento. El maestro *señalará* simplemente esa parte de su conciencia que ya es no dual.

P: ¿De qué modo exactamente?

KW: De forma muy parecida a cuando hablábamos del Testigo y yo trataba de «hablarle señalándole» un atisbo del Sabor Único y no dual de usted y de la montaña. Las tradiciones no duales tienen un extraordinario número de estas «instrucciones para señalar», mediante las que tratan de apuntar hacia lo que ya está, en cualquier caso, ocurriendo en su conciencia. Lo comprenda o no, toda experiencia que usted tenga *ya* es no dual. De modo que *no* es necesario *cambiar su estado de conciencia* para descubrir esa no dualidad porque la no dualidad está completamente presente en todos los estados y cualquier estado de conciencia que usted tenga es ya apropiado.

Así pues, las tradiciones no duales no tratan de *cambiar su estado* sino de despertar su reconocimiento, el reconocimiento de lo que siempre ha sido. Desde este punto de vista, cualquier intento de cambiar de estado constituye una inútil distracción.

De modo que usted suele alcanzar un atisbo inicial, un vislumbre de este estado no dual que se halla siempre presente. Y, como ya hemos dicho, creo que esto fue exactamente lo que James hizo con Russell. Mire atentamente la conciencia inmediata y se dará cuenta de que el sujeto y el objeto son realmente uno. No tiene usted que hacer nada especial para darse cuenta de eso, no debe esforzarse por construir ningún estado especial sino sólo reconocerlo. La naturaleza esencial de todo estado ya tiene Un Solo Sabor, el mismo que tiene cualquier estado consciente.

P: Está simplemente señalando.

KW: Sí. ¿Ha visto esos rompecabezas de los periódicos que dicen algo así como «Descubra los quince presidentes de Estados Unidos que están ocultos en esta imagen del océano»?

P: El cómico Padre Guido Sarducci tiene un chiste a este respecto: «¡Encuentre a los popes en la pizza!».

KW: ¡Mejor, para no topa con la Iglesia, quedémonos con esos pasatiempos en los que se ridiculiza a los presidentes!

El hecho es que, en todos esos casos, usted está mirando directamente todos esos rostros y ya tiene a la vista todo lo que se requiere. Usted está mirando directamente el rostro de los presidentes... pero no se da cuenta de ello. Entonces viene alguien, se lo señala y usted se lleva las manos a la cabeza diciendo «¡Sí, por supuesto, lo tenía frente a mis propios ojos!».

Lo mismo ocurre con la condición no dual de Un Sabor. En este mismo instante usted está mirándola directamente. Cualquier faceta individual de la condición no dual se halla absoluta y completamente presente en su conciencia. No es cuestión de que esté presente de un modo parcial o fragmentario, sino de que se halla *completamente* presente en su conciencia ahora mismo y que lo único que ocurre es que usted no se da cuenta de ello. Entonces es cuando viene alguien, se lo señala y usted se lleva las manos a la cabeza diciendo «¡Sí, por supuesto, lo tenía frente a mis propios ojos!».

P: ¿Y esto es lo que ocurre en el curso del entrenamiento no dual?

KW: Así es. De una u otra forma esta transmisión es crucial.

Pero el punto central que estamos discutiendo es que, a causa de que la condición no dual es la naturaleza o esencia de todos los estados, a causa de que la Vacuidad es una con toda Forma que aparezca, el mundo de la forma sigue apareciendo y usted sigue relacionándose con ella. De forma que en modo alguno se trata de desembarazarse de ella, de alejarse de ella o de acabar con ella, sino de zambullirse en ella por completo.

Y, dado que las formas siguen apareciendo, usted *nunca* alcanzará un *punto final* en el que diga «ya estoy iluminado». En estas tradiciones, la iluminación es un proceso continuo de aparición de nuevas formas con las que usted se relaciona como manifestaciones de la Vacuidad. Usted es uno con las formas que aparecen y, en ese estado, usted está «iluminado», pero en otro sentido, esta iluminación es *continua*, porque continuamente están apareciendo nuevas formas. Dicho de otro modo, usted nunca alcanzará un estado *discreto* que no sigue evolucionando, sino que siempre seguirá aprendiendo cosas nuevas sobre el mundo de las formas y, en consecuencia, su estado global se hallará siempre en una continua evolución.

De modo que usted puede tener ciertas experiencias críticas de iluminación -del satori, por ejemplo-, pero éstas experiencias son el *preludio* del proceso *interminable* de cabalgar las nuevas olas que aparecen de continuo. Así pues, en un sentido no dual, usted nunca está «plenamente» iluminado y nadie más que usted puede decidir a este respecto.

P: Algunas de estas tradiciones no duales, particularmente el tantra, son muy salvajes.

KW: Sí, son tradiciones que no temen al samsara sino que cabalgan de continuo a lomos del samsara, tradiciones que no abandonan los estados inferiores sino que se sumergen en ellos con entusiasmo, tradiciones que juegan con esos estados y los exageran, tradiciones que no los desprecian como inferiores porque sólo hay un Dios.

En otras palabras, todas las experiencias tienen el único Sa-

bor y no existe ninguna experiencia individual que se halle más próxima que otra a Ese Sabor. El secreto fundamental de las escuelas no duales consiste en que no hay modo de elaborar una forma de acercarse más a Dios porque sólo hay un Dios.

Pero, al mismo tiempo, todo esto tiene lugar dentro de un marco de referencia estrictamente ético, de modo que usted no puede jugar a ser un Vagabundo del Dharma y decir que está en la no dualidad. De hecho, en la mayor parte de estas tradiciones usted debe dominar los tres primeros estadios del desarrollo transpersonal (psíquico, sutil y causal) antes de que le sea permitido incluso hablar del cuarto estado no dual. En todos estos casos, pues, «la loca sabiduría» ocurre en una atmósfera rigurosamente ética.

Pero lo verdaderamente importante es que, en las tradiciones no duales, usted se compromete, mediante un voto muy sagrado -un voto que es, al mismo tiempo, el fundamento de toda su *práctica*-, a *no desvanecerse en la cesación*, a no ocultarse en el nirvana, a no evaporarse en nirodh, a no abandonar el mundo escondiéndose en el nirvikalpa.

Con este voto, usted se compromete a cabalgar la ola del samsara hasta que todos los seres atrapados en ella puedan reconocerla como una manifestación de la Vacuidad, se compromete a atravesar la cesación y la no dualidad tan rápidamente como le sea posible, para poder ayudar a todos los seres a reconocer lo No Nacido en medio de la misma existencia.

De modo que las tradiciones no duales no necesariamente abandonan las emociones, los pensamientos, los deseos o las inclinaciones. Su intención no consiste en desembarazarse de las formas sino en darse cuenta de la Vacuidad de toda Forma. En tal caso, las formas siguen apareciendo y usted aprende a cabalgarlas. La iluminación es, en realidad, primordial, pero esta iluminación perdura y usted nunca deja de ser uno con todos los cambios de forma que aparecen de continuo.

La esencia de las tradiciones no duales es la siguiente: Mora como Vacuidad y abraza toda Forma. La liberación está en la Va-

cuidad, nunca en la Forma, pero la Vacuidad abraza toda forma como un espejo refleja todos los objetos. Así las formas siguen apareciendo y, como el sonido de una mano aplaudiendo, usted es uno con todas ellas, usted es el mismo proceso de despliegue de las formas porque usted y el universo son Un único Sabor. Su Rostro Original es la más pura Vacuidad, y cada vez que mira en el espejo, contempla la totalidad del Kosmos.

TERCERA PARTE:

EL MUNDO CHATO

14. LOS ASCENDENTES Y LOS DESCENDENTES

P: Estamos asistiendo, pues, en Occidente, a un completo olvido de las dimensiones espirituales, a lo que usted denomina el *mundo chato*.

KW: Sí. Y mi intención es la de llegar a explicar, lo más claramente que pueda, la génesis histórica de este rechazo de lo espiritual, la razón histórica concreta que explica los motivos por los cuales el Occidente moderno ha llegado a negar la validez de los estadios transpersonales que acabamos de discutir.

P: Pero, antes de entrar en tema, me gustaría que nos ofreciera un breve resumen de la «gran imagen» que llevamos vista hasta este momento.

KW: Muy bien. (Pero si a alguien le desagradan los resúmenes puede saltarse perfectamente esta sección puesto que, en la siguiente, proseguiremos con nuestro relato.)

Un breve resumen

KW: Comenzamos nuestra historia hablando de la Vacuidad, la creatividad y los holones, del Espíritu, la creatividad y los holones o, dicho de otro modo, que de la Vacuidad emergen creativamente los holones.

Y, en la medida en que emergen, evolucionan siguiendo una serie de pautas comunes, las pautas a través de las cuales se manifiesta el Espíritu-en-acción y a las que hemos calificado como los veinte principios.

En este sentido, hemos dicho que todos los holones poseen cuatro capacidades (individualidad, comunión, autotranscendencia y autodisolución); también hemos dicho que el motor de esta evolución es el impulso autotranscendente y que su desarrollo es holoárquico, es decir, que procede trascendiendo e incluyendo (las células, por ejemplo, trascienden e incluyen a las moléculas que, a su vez, trascienden e incluyen a los átomos, etcétera).

También hemos dicho, entre otras muchas cosas, que el impulso autotranscendente del Kosmos va creando holones de una profundidad cada vez mayor y que, cuanta mayor es la profundidad del holón, mayor es también su nivel de conciencia.

Pero cuanta mayor es la profundidad mayor es también el riesgo de que aparezcan problemas. Los perros, por ejemplo, pueden padecer cáncer, cosa que no ocurre, obviamente, en el caso de los átomos. No se trata, pues, de que el proceso evolutivo discurra de una manera apacible y tranquila sino que, en cada uno de sus pasos, se encuentra sujeto a un proceso dialéctico.

Pero los holones no sólo tienen un interior y un exterior, también existen de manera individual y colectiva, lo cual significa que cada holón presenta cuatro facetas diferentes, a las que, como podemos ver en la Figura 5. 2, he denominado cuatro cuadrantes (intencional, conductual, cultural y social).

Luego hemos rastreado la evolución de los cuatro cuadrantes hasta llegar a las modalidades humanas, al momento en el cual los seres humanos empiezan a reflexionar en estos cuadrantes y comienzan a darse cuenta de que se hallan completamente sumidos en ellos. Y, en este intento de tomar conciencia de su situación, los seres humanos conciben varios tipos de conocimiento, varios tipos de búsqueda de la verdad.

Cada uno de los cuadrantes tiene que ver con una faceta diferente de los holones y, en consecuencia, posee un tipo diferente de

verdad y requiere también una prueba de validez distinta. Y la humanidad, a través de un largo y doloroso proceso de experimentación, ha ido aprendiendo gradualmente las distintas pruebas de validez, las distintas formas de asentar el conocimiento en las realidades propias de estos cuadrantes. En este sentido, hemos visto que las pruebas de validez propias de los cuatro cuadrantes son la verdad, la veracidad, la rectitud y el ajuste funcional.

Pero, dado que las dos dimensiones objetivas y exteriores -los cuadrantes de la Mano Derecha- pueden ser descritas en el lenguaje objetivo del «ello», hemos abreviado los cuatro cuadrantes en el Gran Tres: los dominios del «yo», del «nosotros» y del «ello» (a los que se refieren el yo, la moral y la ciencia; el arte [el yo y la expresión de uno mismo], la ética y la objetividad; lo Bello, lo Bueno y lo Verdadero; o, ya en el dominio de lo espiritual, el Buda [el último «yo»], el Sangha [el último «nosotros»] y el Dharma [el último «ello»]).

Y todavía podríamos simplificar más el Gran Tres porque sólo es posible acceder a las dimensiones del «yo» y del «nosotros» mediante la introspección y la interpretación (metodologías propias de la Mano Izquierda), mientras que el acceso a las dimensiones del «ello» requiere un abordaje empírico y perceptual (característico de la Mano Derecha). En otras palabras, los aspectos de la Mano Derecha constituyen la vertiente exterior de los holones y es por ello que pueden ser vistos de manera empírica, pero lo intencional y lo cultural -los cuadrantes de la Mano Izquierda- tienen que ver con una profundidad interior a la que sólo puede accederse mediante la interpretación. Y, a diferencia de lo que ocurre con la observación objetiva externa, la interpretación requiere, en sentido amplio, de algún tipo de resonancia empática interior. Recordemos que *las superficies pueden ser vistas, pero que las profundidades deben ser interpretadas*. Éstos son los caminos de la Mano Derecha y de la Mano Izquierda.

Pero estamos hablando, en cualquier caso, de las cuatro facetas que presenta cada holón, porque de lo que se trata, en cualquier caso, es de no llegar a confundirlos. Simplificarlos sí, pero

no equipararlos, porque los cuatro cuadrantes, con sus diferentes tipos de verdad, representan las cuatro vertientes fundamentales de cada holón y el hecho de reducir una a las otras no sólo constituiría una explicación inadecuada sino que simplemente terminaría acabando con cualquier posible explicación.

Por ello hemos tratado de ser muy cuidadosos en nuestra investigación sobre la evolución de los holones (de los átomos, las moléculas, las células, los sistemas orgánicos, Gaia, etcétera), para no centrar exclusivamente nuestra atención en su aspecto exterior y percatarnos también de sus correlatos internos (las sensaciones, las imágenes, los conceptos, las reglas, los rasgos distintivos, en suma, de las dimensiones sutiles y causales).

En este sentido, hemos visto que la evolución interior procede de lo prepersonal a lo personal y, desde ahí, hasta lo transpersonal.

También hemos visto que la evolución interior implica *una escalera* (la escalera de las estructuras básicas u holoarquías anidadas), *un escalador* (el yo y el fulcro -un proceso 1-2-3 de fusión/diferenciación/integración- que debe atravesar en cada uno de los estadios) y *un paisaje* (las distintas visiones del mundo -arcaica, mágica, mítica, racional, etcétera- que pueden contemplarse desde cada uno de los peldaños, cada una de las cuales dispone de una sensación de identidad, de unas necesidades y de una actitud moral característica).

En este sentido, hemos visto que la sensación de identidad, las necesidades y la actitud moral discurren a través de los estadios fisiocéntrico, biocéntrico, egocéntrico y etnocéntrico, hasta llegar al estadio mundicéntrico, auténtico trampolín de cualquier evolución superior genuinamente transpersonal. Y también hemos visto que un «contratiempo» en cualquiera de estos estadios da lugar a una patología propia característica del estadio en el que tiene lugar la lesión (psicosis, trastorno borderline, neurosis, patología de guiones, etcétera).

Por último, hemos echado un vistazo a los cuatro estadios y fuleros transpersonales superiores (psíquico, sutil, causal y no

dual), y también hemos visto que cada uno de ellos posee una visión diferente del mundo y, en consecuencia, un tipo de misticismo también diferente (el misticismo natural, el misticismo teísta, el misticismo sin forma y el misticismo no dual).

Estos estadios superiores son tan insólitos, tan elitistas y tan poco frecuentados que, en el pasado, sólo fueron alcanzados por un pequeño puñado de personas (el solitario chamán, el yogui en su cueva y los pequeños sanghas y claustros de los auténticos buscadores de la verdad). Así pues, los estadios más profundos -o más elevados- de la conciencia *nunca* han formado parte de la modalidad promedio o colectiva de conciencia. Si tenemos en cuenta la evolución de la modalidad promedio descubriremos un desarrollo similar al que nos presenta la Figura 5. 2, un proceso que finaliza en el estadio del centauro, la visión-lógica y en la federación planetaria poseedora de una moral global o mundicéntrica, un estadio que todavía constituye un ideal inaccesible para el común de los mortales.

En el caso de que, a lo largo de nuestra evolución colectiva futura, emerjan los estadios superiores o transpersonales, lo harán en los cuatro cuadrantes (intencional, conductual, cultural y social). Y aunque, a nivel individual, tratemos de alcanzar esos estadios superiores, todavía deberemos aguardar a ver las posibles formas que asume esta evolución en el futuro.

Pero el hecho central es que, en los estadios superiores o transpersonales, el Espíritu -que ha estado plenamente presente desde el origen mismo del proceso evolutivo- deviene cada vez más consciente de su condición. Ha pasado de lo subconsciente a lo autoconsciente y, desde ahí, a lo supraconsciente, desplegándose y abarcando cada vez más en cada nuevo estadio. El Espíritu dormita en la naturaleza, comienza a despertar de su letargo en la mente y termina tomando conciencia de sí mismo, como Espíritu, al adentrarse en los dominios transpersonales, pero se trata, en todos los casos, del mismo Espíritu -sustrato, camino y goce de toda la evolución- que ha estado plenamente presente a lo largo de todo el proceso de desarrollo.

El conmocionante reconocimiento del Espíritu no pone fin, sin embargo, al surgimiento y desarrollo de las formas, pero el hecho es que, a partir de ese momento, el secreto ya ha sido desvelado y la multiplicidad de las formas se revela entonces como el despliegue creativo de la Vacuidad en un universo de Un Solo Sabor, eternamente transparente y últimamente divino. No existe ningún punto final, no existe fundamento ni lugar alguno en el que reposar sino tan sólo la incesante gracia de la Vacuidad. Así es como va gozosamente desplegándose el luminoso juego, gesto atemporal tras gesto atemporal, resplandeciente en su indómita libertad, extasiado en su perfecta entrega, plenitud más allá de toda plenitud, milagrosa danza autoliberadora, sin que haya nadie para contemplarla ni cantarle alabanzas.

La Gran Holoarqufa

P: ¿Por qué no habla ahora de la forma en que Occidente ha terminado olvidando el Espíritu?

KW: Centremos entonces, por el momento, nuestra atención en el cuadrante superior izquierdo, el *espectro individual de la conciencia*, los nueve niveles fundamentales de la conciencia. Si echa un vistazo a la Figura 14. 1 podrá ver que se trata esencialmente de la Gran Holoarqufa de conciencia de la que nos hablan Plotino y Aurobindo. Y recuerde también que, para ambos, esta holoarqufa no se asemeja tanto a una serie de peldaños escalonados como a un conjunto de dimensiones envueltas o anidadas.

Como dijo Lovejoy, la Gran Holoarqufa ha sido la filosofía oficial predominante durante casi toda la existencia de la mayor parte de la humanidad, oriental y occidental. Como afirma Chogyam Trungpa en su extraordinario *Shanrbhala: La senda secreta del guerrero*, esta holoarqufa se encuentra hasta en las culturas recolectoras (en una forma ciertamente rudimentaria como tierra, seres humanos y cielo [o cielos]). En la mayor parte de los casos, sin embargo, esta holoarqufa básica se halla mucho más elabora-

da (materia, cuerpo, mente, alma y Espíritu) y, en unos pocos, por último, es sumamente sofisticada y recoge subdivisiones mucho más minuciosas. El hecho, en cualquiera de los casos, es que el sustrato cultural de la mayor parte de la historia de la humanidad contiene algún tipo de Gran Holoarqufa.

Uno Absoluto (Divinidad)	Satchitananda/Supermente (Divinidad)
Nous (Mente Intuitiva) [sutil]	Mente intuitiva/Sobremente
Alma/Alma del Mundo [psíquico]	Mente iluminada del mundo
Razón creativa [visión-lógico]	Mente superior/mente red
Facultad lógica (formop)	Mente lógica
Conceptos y opiniones	Mente concreta [conop]
Imágenes	Mente inferior [preop]
Placer/dolor (emociones)	Vital-emocional; impulso
Percepción	Percepción
Sensación	Sensación
Funciones de la vida vegetativa	Vegetativa
Materia	Materia (físico)
PLOTINO	AUROBINDO

Figura 14. 1. La Gran Holoarqufa según Plotino y Aurobindo

Pero esta situación concluyó, en Occidente, con el advenimiento de la Ilustración, cuando su paradigma fundamental se empeñó en cartografiar la realidad -incluida la Gran Holoarqufa- en términos empíricos y monológicos. Se trató, por cierto, del intento bien intencionado, aunque erróneo, de poner a la conciencia, la moral, los valores y los significados bajo el objetivo del microscopio de la mirada monológica.

Y, como usted ya sabe, la mirada monológica no puede acceder a las profundidades interiores. Así pues, en el mismo momento en que aquélla se dirigió hacia el interior, las profundidades desaparecieron de la vista, de modo que no tardó en decretar

su inexistencia, su ilusoriedad, su carácter secundario o epifenoménico, eufemismos, todos ellos, para decir que las profundidades «no son realmente reales». Pronto, pues, el «yo» y el «nosotros» se vieron reducidos a meros «ellos», atomistas u holistas -dependiendo de nuestro gusto-, pero poseedores tan sólo, en el mejor de los casos, de ajuste funcional.

Desde ese punto de vista, no es posible decir que algo sea mejor, más profundo, superior o más valioso que cualquier otra cosa, porque lo único que existe son superficies planas, sistemas objetivos carentes de todo valor, profundidad, cualidad, bondad, belleza, etcétera.

P: El llamado mundo chato.

KW: Efectivamente, el mundo chato. También hemos visto las buenas y las malas noticias que esto trajo consigo. La buena noticia de la modernidad fue la diferenciación del Gran Tres (arte, ciencia, moral) y la mala noticia, por su parte, que la sensacional expansión de la ciencia terminó colonizando y sometiendo los dominios del «yo» y del «nosotros» e impidiendo su integración.

En su aspecto negativo, la Ilustración redujo todas las dimensiones de la Mano Izquierda a sus correlatos de la Mano Derecha, considerando que el único tipo de conocimiento que merecía la pena era el simple cartografiado de la exterioridad empírica (el espejo de la naturaleza, el paradigma de la representación). Pero este proceder terminó exiliando al cartógrafo -la conciencia, la interioridad y todas las dimensiones de la Mano Izquierda- y reduciendo al mundo a las chatas y mortecinas superficies de un mundo tediosamente monocromo.

Así fue como, según John Locke -«el maestro de la Ilustración»-, se llevó a cabo el gran proyecto de la modernidad, cartografiar al mundo en términos empíricos. Un siglo después -y de esto, precisamente, quisiera ahora hablar-, el ser humano despertó una buena mañana y descubrió horrorizado que estaba viviendo en un universo descualificado, en un universo despojado de valores, sentido, conciencia y cualidades. El hecho de centrar exclusivamente su atención en el cartografiado de los correlatos

exteriores había terminado destripando todas las profundidades interiores, que se habían visto así expuestas al sol abrasador de la mirada monológica.

Y, en medio de esta atmósfera de confusión y desconcierto, el cuerpo exangüe de la agenda de la Ilustración fue conducido a la morgue y comenzó la rebelión postmoderna -postmoderna, postilustrada, postempírica o post-lo-que-queramos- ... algo había estado profunda, *profundamente* equivocado.

P: El colapso del Kosmos.

KW: Así es. El proyecto monológico había terminado colapsando las dimensiones interiores del ser, de la conciencia y de la profundidad, colapsando, por así decirlo, a la Gran Holoarquía de la conciencia. La mirada monológica no permite el acceso a la conciencia -sea prepersonal, personal o transpersonal- y no es de extrañar, en consecuencia, que para ella la conciencia no exista y concluya que no es «realmente real».

Éste es, fundamentalmente, el motivo por el cual el Occidente moderno ha perdido el contacto con la Gran Holoarquía.

Lo intramundano versus lo ultramundano

P: La historia de este colapso es fascinante. Y su investigación histórica parece desafiar alguno de los mitos al uso sobre la tradición occidental, comenzando por Platón.

KW: Si usted observa la Gran Holoarquía que hemos presentado en la Figura 14. 1, le resultará evidente que existen, por así decirlo, dos grandes direcciones posibles: ascender desde la materia hasta el Espíritu o descender desde el Espíritu hasta la materia. La primera es una dirección *trascendente o ultramundana*, mientras que la segunda, por su parte, es *inmanente o intramundana*.

P: Es por ello que usted habla de espiritualidad «ascendente» y de espiritualidad «descendente».

KW: En efecto. Pero la mayor parte de la gente cree que Platón es un filósofo ascendente, un filósofo ultramundano, un filósofo

sofo que consideraba al mundo manifiesto, a la Tierra y a todo lo que hay en ella como una sombra, un pálido remedo de las Formas eternas existentes en el único mundo auténticamente real.

P: Los ecofilósofos afirman que el «odio» de Occidente hacia el mundo se remonta a Platón.

KW: Sí, pero ésa es una creencia incorrecta porque, como dice Lovejoy, Platón reconoce la existencia de dos tipos de movimientos (a los que nosotros llamamos Ascendente y Descendente) igualmente importantes.

El primero de ellos es el movimiento ascendente, el movimiento que conduce desde los muchos hasta el Uno, un movimiento según el cual, tras las formas fugaces y oscuras de toda manifestación, existe una única Fuente, un Sustrato sin fundamento, el Absoluto, un Bien que nosotros aspiramos a comprender.

P: Y, en este sentido, «ascendemos».

KW: Sí. Pero Platón también habla de la existencia de otro tipo de movimiento -igualmente importante-, a través del cual el Uno se vacía en todas sus creaciones y se derrama por completo en todas las Formas, de modo que toda creación es, en este sentido, una manifestación perfecta del Espíritu. Es por ello que Platón denominaba *a este mundo*, a esta Tierra, «el Dios visible y sensible».

P: El «descenso» del Uno en los muchos.

KW: Exactamente. Y, si bien es cierto que Platón proporcionó a Occidente gran parte de su filosofía ultramundana, también lo es, como ha demostrado Lovejoy, que proporcionó a Occidente la terminología necesaria para celebrar la exuberancia intramundana, para cantar alabanzas al dios visible y sensible. Desde su punto de vista, la totalidad del mundo manifiesto es una manifestación del Bien, una encarnación del Absoluto, ¡y eso bien merece ser celebrado! ¡*Cuanto mayor es la diversidad* del mundo, mayor es también la Gloria y la Bondad espiritual!

De hecho, la mayor parte de las filosofías intramundanas de Occidente se han originado en Platón. Escuchemos lo que dice Lovejoy a este respecto: «El hecho más notable -y también el más inadvertido- de la influencia histórica de Platón es que no

sólo dio a los ultramundanos europeos la forma, la fraseología y la dialéctica que les caracteriza, sino que también proporcionó la forma, la fraseología y la dialéctica propia a la tendencia contraria, un *tipo particularmente exuberante de intramundaneidad*».

Como concluye Lovejoy: «En el pensamiento de Platón se funden ambas vertientes» (la ascendente y la descendente, la ultramundana y la intramundana, la trascendente y la inmanente) y, en consecuencia, en él se integran también ambos caminos, el camino ascendente y el camino descendente.

Pero, a lo largo de la historia, estas dos facetas se vieron brutalmente separadas y tuvo lugar una violenta ruptura entre los partidarios de lo meramente ascendente y los defensores de lo meramente descendente. Estas dos corrientes, que, de hecho, debieron permanecer unidas e integradas, terminaron escindiéndose y originando una contienda -cuya historia quisiera ahora rastrear- entre los ascendentes y los descendentes.

P: Con la intención de tratar de integrarlas.

KW: Así es. La famosa cita de Whitehead de que la tradición filosófica occidental no es más que una serie de comentarios a pie de página de Platón, puede ser cierta, pero las notas se han polarizado y la gente tiende a quedarse con su parte «favorita» -la ultramundana o la intramundana-, pero en contadas ocasiones tienen en cuenta ambas a la vez.

El hecho, sin embargo, es que no es preciso que tomemos partido por una u otra actitud porque, en Platón -al igual que posteriormente en Plotino-, ambas corrientes -la ascendente y la descendente- se hallaban fundidas.

P: Y fue después de Plotino cuando las cosas comenzaron a «separarse».

KW: En cierto modo, así es. Casi todo el mundo coincide en que Plotino formuló de modo más comprensible las ideas fundamentales de Platón. Plotino nos ha ofrecido la Gran Holoarquía del Ser que presentamos en la Figura 14. 1, una jerarquía anidada en la que disponemos de dos posibles movimientos, el movimiento ascendente y el movimiento descendente (a los que Plati-

no denominaba Flujo y Reflujo). El Espíritu fluye o se vierte de continuo en el mundo y es por ello que la totalidad del mundo, incluyendo a sus habitantes, son manifestaciones perfectas del Espíritu. Pero, del mismo modo, el mundo retorna o refluye de continuo al Espíritu, evidenciando así que la totalidad del mundo es esencialmente espiritual, «el Dios visible y sensible» del que hablaba Platón.

Según Plotino, las dimensiones superiores de la Gran Holoarquía trascienden e incluyen a las inferiores, de modo que todas y cada una de las cosas y de los eventos, sin excepción alguna, están perfectamente contenidas en el Espíritu, en el Uno, que es, por tanto, al mismo tiempo, integración y unión inconsútil entre lo ascendente y lo descendente, entre el flujo y el reflujo, entre lo trascendente y lo inmanente.

P: Usted dice que este punto queda más claro en el ataque de Plotino a los gnósticos.

KW: En efecto. Los gnósticos sostenían una postura exclusivamente ascendente. Desde su punto de vista, cualquier tipo de descenso era equiparable al mal y, por ello, la totalidad del mundo manifiesto -la totalidad de *este* mundo- es ilusorio, insubstancial, corrupto y pecaminoso. Para los gnósticos, la única salvación posible consistía en esquivar a los muchos y ascender hasta el Uno.

Pero si Plotino, portador de la antorcha de Platón, realmente hubiera sostenido una postura ultramundana, debería haber hecho causa común con los gnósticos y, siguiendo su agenda meramente ascendente, debería haber arremetido contra toda actitud intramundana. Pero lo que ocurrió, en realidad, fue que Plotino emprendió una ofensiva demoledora contra la actitud exclusivamente ascendente de los gnósticos, una actitud que no armonizaba la corriente ascendente con la igualmente importante corriente descendente.

En otras palabras, los gnósticos habían descubierto el Uno causal pero no llegaron a comprender la naturaleza no dual en la que el Uno y los muchos no son dos, ignorando así que la Vacui-

dad y la Forma son no duales, que lo ultramundano y lo intramundano tienen El Mismo Sabor y que la corriente ascendente se funde con la descendente en el corazón mismo de lo no dual.

Por ello Plotino arremete contra los gnósticos en un contundente ataque formulado en una de las más bellas prosas espirituales jamás escritas, un ataque en el que recuerda a los gnósticos que la totalidad del mundo visible constituye una manifestación del Espíritu y que, como tal, es merecedora del amor. Si los gnósticos realmente amaran, como dicen hacerlo, al Espíritu, amarían también a sus creaciones, cuando lo que ocurre, en opinión de Plotino, es que simplemente lo desprecian. Y por ello Plotino acusa a los gnósticos de profanar las creaciones del Espíritu.

P: Usted cita ese ataque en su libro. Me gustaría que lo leyera para nosotros.

KW: Veamos lo que dice Plotino:

No creamos que un hombre es bueno porque desprecie al mundo y a toda la belleza que hay en él. Ellos [los gnósticos] no tienen derecho a profesar el respeto que afirman tener por los dioses del mundo superior. Porque cuando amamos a una persona amamos también todo lo que le pertenece, del mismo modo que dispensamos a los hijos el afecto que sentimos hacia el padre. Y si toda alma es hija del Espíritu ¿cómo puede, entonces, este mundo estar separado del mundo espiritual? Quienes desprecian lo que es tan semejante al mundo del Espíritu demuestran no saber nada de Él excepto el nombre...

Dejemos que [cualquier alma individual] se haga merecedora de contemplar la Gran Alma dándose cuenta del engaño [de la insinceridad] y de todo lo que fascina a las almas vulgares. Dejémosles permanecer quietos, como el mar, como el aire, como los cielos. Dejémosles observar la forma en que el Alma fluye en todas partes y se derrama por todo el mundo, impregnándolo e iluminándolo. Del mismo modo que el más resplandeciente rayo de sol ilumina una oscura nube y amarillea sus contornos, así el alma, cuando entra en el cuerpo de los cielos, le da vida y belle-

za atemporal y la despierta de su letargo. Así también el mundo, arraigado en lo atemporal por el alma que le infunde inteligencia, se transforma en un ser vivo y bendito...

[El alma o el Espíritu] se vierte por completo en cada fragmento de este inmenso cuerpo, derramando su ser en cada parte, grande o pequeña, y, por más que las distintas partes estén separadas en el espacio y parezcan enfrentarse unas a otras, cada una depende de todas las demás. El alma no está dividida y tampoco debe dividirse para dar vida a cada individuo. Todas las cosas viven por el alma en su plenitud [es decir, en última instancia, no hay grados ni niveles, sino pura Presencia], que se halla completamente presente por doquier. Los cielos, inmensos y distintos como son, son Uno por el poder del alma, y es por ello que nuestro universo es Divino. También el sol es Divino y las estrellas y hasta nosotros mismos, si somos merecedores de algo, somos tributarios del alma. No te quepa duda de que, por eso mismo, tú puedes alcanzar a Dios. Y debes saber que, para ello, no tienes que ir muy lejos...

La sabiduría y la compasión

P: Lo cual muestra, de modo inequívoco, la orientación no dual de Plotino. Y usted relaciona esta integración entre lo ascendente y lo descendente con la unión entre la sabiduría y la compasión.

KW: Sí. Esto es algo que podemos advertir tanto en Oriente como en Occidente. El camino de ascenso desde los muchos hasta el Uno es *el camino de la sabiduría*, porque la sabiduría ve que detrás de todas las formas y la diversidad de los fenómenos descansa el Uno, el Bien, la incalificable Vacuidad frente a la cual todas las formas devienen ilusorias, fugaces e impermanentes. La sabiduría es el camino de regreso desde los muchos hasta el Uno. Como dicen en Oriente, *prajna*, la sabiduría, nos permite ver que toda Forma es Vacuidad.

El camino de descenso, por su parte, es *el camino de la compasión*, porque el Uno se manifiesta realmente como los muchos y, en consecuencia, todas las formas deben ser tratadas con el mismo respeto y compasión. La compasión, o bondad es, de hecho, el mecanismo mismo de la manifestación. El Uno se manifiesta como los muchos a través de un acto de compasión y caridad infinita y nosotros debemos aceptar a los muchos con la misma exquisita compasión y respeto con la que nos dirigimos al Uno. Como dicen en Oriente, *karuna*, la compasión, nos permite ver que la Vacuidad es Forma.

Así pues, la Sabiduría nos permite advertir que los muchos son Uno y la compasión, por su parte, ve que el Uno son los muchos. O, dicho en términos orientales, *prajna* ve que la Forma es Vacuidad y *karuna* ve que la Vacuidad es Forma.

P: Sabiduría y compasión, otro nombre para Eros y Agape.

KW: Sí, eros ascendente y agape descendente, trascendencia e inmanencia, el amor ascendente y el amor descendente...

El hecho histórico fundamental es que los grandes sistemas no duales de Plotino, en Occidente, y de Nagarjuna, en Oriente, insisten en la necesidad de *equilibrar e integrar estos dos movimientos*. La corriente *ascendente o trascendental* de la sabiduría, Eros o *prajna*, debe verse armonizada por la corriente *descendente o inmanente* de la compasión, Agape o *karuna*. Y la unión entre esas dos corrientes, la unión entre el Uno y los muchos, entre la Vacuidad y la Forma, entre la sabiduría y la compasión, en el corazón no dual de Un Solo Sabor, constituye el origen, el fin y el sustrato de toda auténtica espiritualidad.

Dios y la Divinidad

P: Eros y Agape, la sabiduría y la compasión, el ascenso y el descenso o, dicho de otro modo, Dios y la Divinidad...

KW: Así es, hablando en un sentido amplio. Si ignoramos, por el momento, las nociones restringidas y específicas del esta-

do de la Gran Madre hortícola como una protectora de la agricultura y dejamos también de lado las imágenes agrícolas de Dios como un gran padre que está en los cielos -imágenes míticas que, por otra parte, no resultan muy provechosas para brindarnos una imagen global-, y si, en su lugar, tratamos de alcanzar una comprensión más amplia de Dios y de la Divinidad, la imagen que se nos presentaría sería aproximadamente la siguiente.

El rostro masculino del Espíritu -o Dios- es predominantemente Eros, la corriente ascendente y *trascendental* del Kosmos, siempre luchando por alcanzar totalidades y uniones más comprensivas, siempre tratando de ir más allá de sus límites y llegar al cielo para captar la ininterrumpida revelación de un Dios o de una Divinidad superior, siempre rechazando lo superficial en busca de lo profundo, lo inferior en aras de lo superior.

Por su parte, el rostro femenino del Espíritu -de la Divinidad- es fundamentalmente Agape, la compasión, la corriente descendente e *inmanente*, la manifestación del Kosmos, el principio de la encarnación, de la corporeización, de la relación, el abrazo manifiesto y relacional que acepta todas las cosas y todos los seres con perfecta e igual armonía, abrazándolo todo sin rechazar nada.

Eros lucha por el Bien del Uno en la sabiduría trascendente, mientras que Agape, por su parte, engloba a los muchos con un respeto divino por todo lo inmanente.

P: Todo lo cual está ligado al tantra.

KW: Así es. El tantra, en sentido general, presenta la realidad no dual última como el abrazo sexual entre Dios y la Divinidad, entre Shiva y Shakti, entre la Vacuidad y la Forma. Desde esa perspectiva, ni lo ascendente ni lo descendente es final, último o privilegiado sino, más bien, al igual que ocurre con el yin y el yang primordial, cada uno de ellos origina al otro, dependen mutuamente, no pueden existir aisladamente y sólo descubren su propia verdad cuando mueren en el otro para despertar juntos, fundidos en la beatitud, como la totalidad del Kosmos, reconociendo, entonces, que la eternidad está enamorada de las produc-

ciones del tiempo, ese corazón no dual que resplandece en toda la creación, que bendice toda criatura y celebra esta gozosa unión por toda la eternidad, un abrazo que todos estamos llamados a actualizar en nuestra conciencia, instante tras instante, de manera incesante y milagrosa como la presencia inmediata de Un Solo Sabor. Ésta es precisamente la visión no dual, la unión entre el flujo y el reflujo, entre Dios y la Divinidad, entre la Vacuidad y la Forma, entre la sabiduría y la compasión, entre Eros y Agape, entre lo ascendente y lo descendente, perfecta y beatíficamente fundidos en Un Único Sabor, el sonido contundente de una sola mano aplaudiendo.

Dos dioses diferentes

P: Y también es la visión integradora no dual de Plotino.

KW: Así es. Pero a lo largo de la historia de Occidente, esta unidad entre lo ascendente y lo descendente terminaría resquebrajándose y enfrentando, de manera frecuentemente violenta, a los ultramundanos ascendentes con los intramundanos descendentes. Éste es el conflicto que trataré de rastrear, el conflicto que ha terminado convirtiéndose en el *problema central característico* de la mente occidental.

P: La guerra entre los ascendentes y los descendentes.

KW: Sí, y se trata de algo ciertamente importante porque, desde la época de San Agustín, los ascendentes y los descendentes se hallan enfrentados en una lucha implacable y a menudo cruel que ha ensombrecido el cielo de Occidente con *dos dioses absolutamente incompatibles*.

El dios de los ascendentes es un dios esencialmente ultramundano (un dios cuyo reino no es de este mundo), un dios puritano, monacal y frecuentemente ascético, que considera al cuerpo, a la carne y especialmente al sexo como pecados arquetípicos, un dios que huye de los muchos y anhela el Uno, un dios exclusivamente *trascendente* y pesimista ante la posibilidad de encontrar

la felicidad en este mundo; un dios, en suma, que rechaza el tiempo en favor de la eternidad y que oculta su rostro avergonzado entre las sombras de este mundo.

El dios de los descendentes, por su parte, aconseja exactamente lo contrario. Se trata de un dios que huye del Uno para abrazar a los muchos, un dios cautivado por el mundo visible y sensible, un dios enamorado de la Divinidad, un dios de pura encarnación y de pura inmanencia, un dios, en suma, fascinado por la diversidad y que la celebra gozosamente. Su objetivo no es el logro de una unidad superior sino la diversidad. Este dios goza de los sentidos, del cuerpo, de la sexualidad y de la tierra y saborea una espiritualidad centrada en la creación que contempla cada salida del sol o de la luna como una manifestación visible de lo divino.

P: Y usted está interesado en investigar la historia de la guerra entre estos dos dioses.

KW: Así es. Durante el milenio que va de Agustín a Copérnico aparece, en Occidente, un ideal casi exclusivamente *ascendente*. De hecho, la estructura social *agraria* propia de esa época fomentó una tendencia espiritualmente masculina y más centrada, por tanto, en eros que en agape, en lo ascendente que en lo descendente, en el Uno que excluye -o incluso odia- a los Muchos.

Desde ese punto de vista, la salvación, la auténtica liberación, es esencialmente *ultramundana* y no puede ser encontrada en este cuerpo, en esta carne ni en esta vida. La carne es pecado, el sexo es pecado, la tierra es pecado y el cuerpo es pecado aunque, eso sí, suele hablar mucho de la creación. Hablando en términos generales, para esta perspectiva Eva es el origen del pecado y por ello terminó convirtiéndose a la mujer, el cuerpo, la carne, la naturaleza y la sensualidad en un verdadero tabú. Para los exclusivamente ascendentes, pues, cualquier forma de descenso es el Mal.

P: Pero eso ocurrió tanto en Oriente como en Occidente.

KW: Así es. Las corrientes ascendentes existentes en *toda so-*

ciudad agraria tienden a afirmar la ilusoriedad de este mundo y terminan condenando la tierra, el cuerpo, los sentidos, la sexualidad (y también, por cierto, a la mujer). Obviamente, existen excepciones, pero ésa es, a grandes rasgos, una tendencia presente en todas las estructuras agrarias esencialmente ultramundanas que afirman que «su reino no es de este mundo» y anhelan un nirvana ajeno al samsara. Esto es precisamente lo que encontramos en el judaísmo original, en casi todas las formas de gnosticismo, en el budismo temprano y en la mayor parte de las distintas formas del cristianismo y del islam.

Esto es también lo que ha ocurrido en Occidente, en la época que va desde Agustín hasta Copérnico, un milenio durante el cual la conciencia europea estuvo sometida a un ideal casi exclusivamente ascendente. El camino ascendente fue el camino recomendado por la Iglesia para alcanzar las virtudes y la salvación, un camino que aconsejaba no acumular ningún tipo de tesoros de esta tierra porque, según ella, en esta tierra no hay nada que merezca ser atesorado.

Y, aunque en estos caminos se hable mucho de la Divinidad y de las creaciones de Dios (Divinidad = Agape, compasión, descenso), el hecho es que, desde ese punto de vista, no es posible alcanzar la liberación o la salvación en esta tierra, en esta vida. La vida está bien pero las cosas realmente importantes sólo sucederán cuando usted muera, es decir, cuando usted abandone esta tierra, como si la realización no pudiera hallarse en la tierra porque la tierra, por así decirlo, no es más que una simple plataforma de lanzamiento.

P: Y ese estado de cosas no tardaría en cambiar.

KW: Sí, todo comenzó a cambiar radicalmente con el Renacimiento y la emergencia de la modernidad, un cambio que alcanzó su punto culminante con la Ilustración y la Edad de la Razón y que bien podríamos resumir diciendo que *los ascendentes fueron reemplazados por los descendentes*.

A partir de ese momento, quienes sostenían una perspectiva exclusivamente descendente desdeñaron toda forma de ascenso y

el ascenso terminó convirtiéndose en el nuevo mal porque, ante los ojos del dios meramente descendente, el ascenso es siempre el mal.

No deberíamos sorprendernos, pues, de que, con la emergencia de la modernidad, lo ascendente se convirtiera en el nuevo pecado. A fin de cuentas el surgimiento de la modernidad, el rechazo de lo ascendente y el abrazo de un mundo exclusivamente descendente son distintos modos de hablar de lo mismo.

Y aquí estamos nosotros, tratando de rastrear el origen de la moderna negación occidental de las dimensiones transpersonales y comenzando a atisbar el origen del desprecio, el rechazo y la marginación de lo auténticamente espiritual y transpersonal; comenzando a descubrir la glorificación de la visión chata del mundo, la asunción de un marco de referencia descendente y el consiguiente declive de cualquier tipo de sabiduría trascendente -el declive de cualquier tipo de ascenso-, un declive que ha terminado ensombreciendo el rostro de la modernidad y convirtiéndose en el signo distintivo de nuestro tiempo.

El marco de referencia descendente

P: El marco de referencia chato y descendente ha determinado la condición moderna y postmoderna.

KW: Sí. Para el mundo moderno, la salvación -ya sea la que nos ofrece la política, la ciencia, el revivalismo de la religión de la tierra, el marxismo, la industrialización, el consumismo, el retribalismo, la sexualidad, los distintos movimientos revivalistas hortícolas, el materialismo científico, el abrazo de la diosa de la tierra, las ecofilosofías, etcétera-, la salvación, decía, sólo puede ser encontrada en esta tierra, en el mundo de los fenómenos, de las manifestaciones, de la forma, de la pura *inmanencia*, en el marco de referencia, en suma, puramente descendente. Desde este punto de vista, no existe ninguna verdad superior, ninguna corriente ascendente, nada que sea realmente *trascendente*. De

hecho, todo lo «superior», todo lo «trascendente» es ahora el mal, el gran enemigo, el destructor del dios y de la diosa terrenales y sensoriales. La modernidad y la postmodernidad se mueven, fundamental y casi exclusivamente, dentro del marco de referencia de la visión chata del mundo.

P: No se trata, pues, de una integración entre lo ascendente y lo descendente...

KW: ¡En modo alguno! Se trata, simplemente, del dominio de los descendentes, de los fervorosos adoradores de un dios fragmentado, dualista y estéril, una divinidad rota, un Espíritu parcial, limitado y mutilado. Es una religión de mucha compasión pero poca sabiduría, de mucha Divinidad pero poco Dios, de formas maravillosas pero ninguna Vacuidad, de glorificación de los muchos pero olvido del Uno. Es Agape sin Eros, es, en suma, la visión chata del mundo.

P: En el libro, usted introduce esta idea con la frase: «Y aunque los ascendentes dominaron la escena hasta el Renacimiento, en ese momento tuvo lugar un cambio decisivo en la conciencia que abrió la puerta al camino descendente, un camino que, tras mil años de reclusión, explotó con tal virulencia que, en el curso de unos pocos siglos, transformó por completo la fisonomía del mundo occidental sustituyendo, de manera más o menos permanente, un dios fragmentado por otro».

KW: Sí. Durante mil años padecimos el desastre de un ideal exclusivamente ascendente y ahora estamos atrapados en las garras de una visión descendente igualmente insidiosa, el negativo fotográfico de la pesadilla fundamental de Occidente.

Y esto no sólo ocurrió en la realidad «oficial» sino casi en toda forma de «contracultura» o «contrarrealidad». La visión descendente se halla tan arraigada, tan consolidada y es tan profundamente inconsciente que hasta los activistas del «nuevo paradigma» están completamente atrapados en sus garras. El marco de referencia descendente impregna por igual la ortodoxia y la vanguardia, lo convencional y lo alternativo, lo industrial y lo ecológico.

P: Pero, según los ecofilósofos, lo único que puede impedir la catástrofe ecológica es el Espíritu exclusivamente inmanente o descendente, el Gran Espíritu, la diosa Tierra, una espiritualidad, en suma, centrada en la creación.

KW: En mi opinión, sin embargo, lo que ocurre es exactamente lo contrario, porque la visión del mundo exclusivamente descendente es una de las causas fundamentales de la crisis ecológica. La visión descendente está destruyendo a Gaia y los ecofilósofos, lo admitan o no, son uno de sus principales inspiradores.

P: Éste es, precisamente, el tema que quisiera considerar en el próximo capítulo.